

Suplemento Fotográfico DE LA TRIBUNA

DIARIO DE LA MAÑANA
SAN JOSE, COSTA RICA



El negocio más importante del mundo.

DE TODO UN POCO

TRABAJOS QUE ENFERMAN

TODAS las profesiones y oficios están expuestos a dolencias especiales.

Los oficinistas, los que viven de la pluma, sufren con frecuencia de calambres en los dedos, molestia que también la tienen los telegrafistas y mecanógrafos.

Los zapateros remendones, por la constante posición encorvada, sufren con frecuencia de indigestiones y de cáncer al estómago.

La gente que hace vida sedentaria

está amenazada de gota, dispepsia y desarreglos nerviosos.

Los panaderos y fogoneros, y en general los que trabajan a extremas temperaturas, suelen sufrir de bronquitis y afecciones al pecho. Los pintores de brocha gorda padecen con frecuencia de cólicos, causados por las emanaciones de ciertas sales que entran en la composición de las pinturas, y también sufren de calambres y parálisis de la muñeca.

Los fabricantes de fósforos padecen horribles dolores, causados por los vapores de fabricación.

TESTAMENTO ORIGINAL

UN agente de bolsa, que acaba de fallecer, ha dejado un testamento singular, del cual extractamos las cláusulas siguientes:

"A mi hijo le dejo el placer de ganar su vida. Durante veinticinco años yo he creído que este placer era para mí solo y ahora veo que estaba en un error.

"Dejo a mi ayuda de cámara los vestidos que metódicamente me ha robado en el transcurso de los años. También le dejo mi pelliza de ca-

tor, con la cual se ha peroneado al invierno mientras yo estaba de viaje.

"A mi chauffeur le dejo mis autos, los cuales ha estropeado casi totalmente. Quiero dejarle la satisfacción de que termine lo que tan bien ha comenzado."

EL DIOS AGAYE

ESTA es una de las cuatro divinidades de los habitantes del reino de Julia (Africa). Es el dios de los cangrejos, y su figura de sapo informa le da un aspecto horroroso.

Tiolo de tierra negra, está sentado sobre un pedestal, también de tierra, cubierto por una pieza de tela roja bordada con conchas; al cuello lleva una banda de escarlata, de donde penden otras conchas y diversos adornos exóticos.

Corona su cabeza con lagartos y serpientes de plumas rojas, de entre las cuales sale un hierro, en el que está atravesado un gran lagarto, con una media luna encima.

DESDE CUÁNDO SE DIVIDE EL TIEMPO EN SEMANAS

Se sostiene por algunos autores que los egipcios han sido los primeros que se han dividido el tiempo en semanas; que los siete planetas entonces conocidos les facilitaron esa idea; y que de esos planetas sacaron los nombres de los días de la semana, como lo prueba la siguiente clasificación que hicimos: el lunes estaba consagrado a la Luna; el martes, a Marte; el miércoles, a Mercurio; el jueves, a Júpiter; el viernes, a Venus; el sábado, a Saturno, y el domingo al Sol.

Hay muchas deducciones históricas por las que se comprueba que los asirios, y casi todos los pueblos orientales, se han servido también de semanas compuestas de siete días. Los griegos contaban sus días por decadas o docenas; los romanos, por novenas.

El uso de dividir el tiempo en semanas no se estableció en Occidente sino con el Cristianismo. Esto fue, sin duda, a imitación de los judíos, los cuales contaban por semanas, pues Dios les había ordenado trabajar durante seis días y descansar el séptimo.

EL HIJEO, ELEMENTO DE BELLEZA

HAN oído nuestras bellas lectoras hablar del tratamiento de la belleza por el hiejo. ¿Han probado a helarse las incipientes arrugas del cutis o a interrumpir con el frío del agua congelada una prurita e indolente obesidad? Esta es la última novedad que han inventado los profesores de belleza; mejor dicho, no la han inventado, sino que la han copiado de las japonesas. Es un tratamiento que fortalece los músculos, rejuvenece la fisonomía, quita las arrugas, comunica a las mejillas el sonrosado color propio de la salud y da al cutis una blancura infantil. Es un tratamiento que con dos grandes ventajas: barata y sencilla práctica. No requiere otra cosa que un pedazo de hiejo bastante grande, liso y suave, que por un tiempo resquebrajado o rugoso no serviría para nada. Es absolutamente preciso que el trozo de hiejo tenga por lo menos una cara tan lisa como una plancha, pues precisamente lo que hay que hacer con él es plancharse la piel y los músculos.

De un modo indirecto, la plancha de hiejo impide ese contratiempo para la belleza femenina que llamamos gordura. Su aplicación evita ese primer ablandamiento de la cara que precede a la formación de papada, a la hinchazón de las mejillas y a otros síntomas de la obesidad.

Todavía sirve para algo más el hiejo empleado al exterior: para estimular la circulación de la sangre en la piel de la cara.

En ésta, la piel está más expuesta al aire y peor nutrida que en cualquier otra parte del cuerpo. Todo lo que estimula la circulación de la sangre da buen color al rostro.

El modo de emplear el trozo de hiejo se reduce a frotarlo con la ma-

no y frotarse con su parte más lisa aquellas regiones de la cara y del cuerpo donde más pronto se forman arrugas, es decir, las sienes, los ángulos de los ojos, el entrecejo, la barbilla, el cuello y el pecho.

HUMORADAS DE MASSENET

MASSENET era un hombre excelente y de buen humor, de un humorismo bondadoso en general; pero no siempre sus humoradas resultaban un modelo de ilustración y de cortesía.

El ilustre músico no sabía negarse a las solicitudes de los que acudían a él en demanda de protección.

Cierta vez, una cantatriz en circe había conseguido, gracias a la recomendación del maestro, cantar en un gran concierto la romanza de "Manon." Al terminar, la artista, ex-

citadamente y temerosamente, se precipitó hacia el asistente compositor, que se hallaba en un rincón de la sala.

—Ah, maestro!—le dijo, efusiva y ruborosa.—¿Que emoción tan grande, al saber que estaba usted aquí y que estaba desde el principio!—

—Ya, hija mía!—la interrumpió placidamente Massenet.—no me he emocionado ni al principio ni durante su canto, ni al fin; ¡al parecer usted ya me había tapado las orejas!

Como era tan conocida su condescendencia, las damas de las aspirantes a artistas lo asediaban hasta lograr que se prestase a oír a las futuras estrellas, cantantes o pianistas.

Uno de esos días de "trabajos forzados", Massenet, bajo la mirada

escrutadora y ansiosa de la mamá, que se había colocado al lado suyo, de cuando en cuando murmuraba: "Bien, bien," y parecía aprobar con leves movimientos de cabeza.

Acabó de tocar las niñas, y el maestro, volviéndose a la mamá, le dijo:

—Bien, bien. Le felicito a usted. —Entonces, maestro, le parece que...

—Sí, sí—prosiguió Massenet.—excelente educación... religiosa; se ve muy bien...

—¿Cómo dice usted?

—Técnica excelente!

—¿Qué quiere decir?

—¡No cabe duda! ¡Su mano izquierda ignora casi siempre lo que hace la derecha!

SIEMPRE RECUERDE ESTOS NUNCAS

NUNCA mires lo que otro está escribiendo o leyendo.

Nunca te fijas en la cicatriz, deformidad o defecto de alguna presente.

Nunca llames la atención de nadie tocándole. Háblale.

Nunca prestes a otro lo que le hayan prestado a ti, a no ser que tengas facultad.

Nunca demuestres cólera ni impaciencia cuando ocurra algún incidente.

Nunca entres en un cuarto con estrépiteo; siempre cierra la puerta sin ruido.

Nunca demuestres mucha familiaridad con un nuevo conocido.

Nunca prometas lo que no has de cumplir.

Nunca hables mucho de tus propios hechos.

Nunca dejes de ser puntual a la hora señalada.

Nunca dejes de dar una contestación política a una pregunta atenta.

Nunca lees las cartas que encuentres dirigidas a otro.

Nunca referas que has hecho algún regalo o algún favor.

Nunca te asociar con malas compañías. Busca una buena o ninguna.

Nunca contestes en sociedad alguna pregunta que se le haya hecha a otro.

LLUVIA NEGRA

EN varios puntos del departamento de Sena Inferior, y particularmente en Vissel y en Criquebeuf, se observó hace algún tiempo un fenómeno sumamente curioso.

Las crudas quedaron admiradas al ver los cubos y barreños, que habían colocado debajo de las canales. llenarse de un líquido negroazulado en vez del agua limpia que ellas esperaban; algunas creyeron que el hecho era consecuencia del lavado de los tejados, aunque debían estar ya limpios superabundantemente por los amojorados de los días anteriores, y recomplazaron sus vasijas por otras perfectamente limpias; el resultado fue el mismo, la lluvia recogida era negra.

Este fenómeno no es la única vez que ha ocurrido. Posteriormente, se comprobó también en Saint-Jovin y en Bellenville. Es muy difícil tenerse en cuenta que estas lluvias negras o de color obscuro siempre se han observado en septiembre; por lo cual deben buscarse las causas de estos hechos en algún fenómeno que se verifica únicamente en esta estación del año.

Acaso sea la causa alguna abundante emisión de un polvo particular de alguna erupción.

Como Dicknes, Jules Renard escribió historias de niños con el corazón templado cual si fueran hombres

JULES RENARD es poco conocido entre los lectores de lenguaje castellano. Autor de obra muy copiosa, ha legado a la posteridad muy contados volúmenes.

Hombre retraído y enemigo de las vinculaciones profesionales, no son muchas las páginas que ocupa en los anecdotarios y crónicas artísticas de sus épocas. Sin embargo, por alguna colección económica, pulcramente traducida por E. Diez Canedo, en castellano su "Zanahoria" ("Pot of Carotte"), la más humana y hermosa de todas cuantas escribió.

Tristán Bernard, así y todo, en un reportaje, ha llegado a hablar de Jules Renard y hasta recordó algunas anécdotas del novelista, a quien conoció nada menos que en el vérdemo de Buffale, más exactamente, en lo que los aficionados franceses llaman "Veil-Hill", con motivo del match Paris-Brest.

"Habíamos cambiado saludos—dice Tristán Bernard;—luego, nuestros nombres, y después, nuestras impresiones... Pronto nos separamos del resto de los compañeros y comensamos a tratarnos con afecto y admiración recíproca. Me acompañaba en todos mis viajes deportivos. Recuerdo la jornada de Boudais, en que Vienne, que luego se ha trocado en director del Wanderland, había organizado una corrida de toros.

"Yo como entre aquella gente de vérdemo se nos dispensaba, a Pawlowski y a mí, un poco más de "honores" que a él, Renard pareció impaciente.

"Por consiguiente, al final de la comida, a invitar por el rostro arrojado de Jules Renard, se me había obsequiado con exceso. Pero, al fin, uno de los convidados se dirigió al novelista en el preciso instante en que rechazaba el ofrecimiento de un cigarro:

—¡Ah, señor! ¡Si supiera cuánto le admira a usted!

"Renard no era nada fatuo... Mas el rollo de la satisfacción exhibió a las mejillas... Y se inclinó pensando que le había llenado su turno, cuando su vecino prosiguió:

—Hace tres años que, como usted, traigo de dejar de fumar... ¡y no lo consigo!

"El amigo Jules Renard quedó desquitarado. Como era al momento de salir de su pequeño aldea y popular en Nivernais, nos llevó a Guirey y a mi a su tierra natal.

"En Auverre descendimos en un hotel curio dueño, dejándonos a un lado, tributada todo género de homenajes a Jules Renard, que con la sonrisa en sus labios fijos, saboreaba su triunfo.

—¿Quiéren pasar al comedor? ¡Oh! Yo conozco muy bien al señor—dijo al hoteler.

"Y llamando al maître, agregó:

—Anuncie...

"Jules Renard regodeabase imperceptiblemente.

—¡Anuncie tres almuerzos!

—concluyó el hoteler.

"¡Pobre y bueno de Renard!... Estas pequeñeces eran dulces comparadas con la amargura de su infancia, desventurada. Se podrá alegar que para mí no era sino una simple amistad deportiva. Yo le estimaba más que a cualquiera de mis colegas de literatura. A esto obedeció la emoción que se apoderó de mí cuando la mujer que fué su devota compañera me pidió que terminara una comedia en tres actos que el autor de "Bigote" dejara inconclusa...

"Se han escrito bastantes necesidades sobre Jules Renard. Se ha dicho que trabajaba con dificultad, a fuerza de paciencia, y falso. Renard escribió rápido, muy rápido; pero muy consciente de lo que hacía. Estimaba demasiado la verdad para atreverse a separarse mucho de ella. Resistió a la imaginación cuando, al contrario, tenía más que muchos otros. Cito como prueba la novela "X...", que escribimos en colaboración Allais, Gourelle y Veber. Renard debordóbase...

"Paul Reboux y Muller tenían a Renard por poca cosa. Empero, me hubiera agradado encajarle una gran novela de aventuras, pillándole que la escribiera sin formar, pagándole una fuerte suma de dinero. Habría producido una obra maestra de imaginación... Luego ¡claro! la hubiera frusado, encontrándola bella. Pero Jules Renard era humano, profundamente humano. Se le ha encontrado justamente con Dickens.

"¿Cómo aquel inglés de Londres y este francés de Nièvre coincidieron en sus impresiones? Por la profundidad de la verdad. Sólo las costumbres superficiales son las que producen la diferencia entre los hombres de todos los pueblos."

CUANDO salía del banco donde estaba empleado, Andrés Hornut subía a un "taxi" que lo dejaba en las Tullerías. Una vez allí se encontraba a paso rápido por la avenida transversal. Dos o tres veces por semana se encontraba en aquel lugar de París con Luciana Gaières que en sentido contrario volvía de su empleo en una librería. El joven saludaba. La joven ruborizaba, y consentía en detenerse y charlar durante cuatro o cinco minutos. Un día Andrés la había esperado. Ella lo había visto al pie de un árbol, inspeccionando el horizonte. Esa vez Luciana se limitó a contestar, sin sonreír, al saludo de Andrés, y siguió de largo.

—No tienes que esperarme—le explicó después.—Un hombre que espera es siempre ridículo. Además, comprometo a la persona a quien espero.

Desde entonces, Andrés no se detiene. Pasaba, simplemente, si Luciana salía del empleo cinco minutos más tarde o más temprano, la encontraba frías, pero no se encontraba.

Andrés comprendió que amaba de verdad a Luciana el día que ésta le preguntó la hora exacta y puso sus palabras de acuerdo con el reloj de él. En adelante, nunca dejaron de encontrarse.

Una tarde, Andrés, que se había retardado por culpa de una interrupción del tráfico, sólo llegó a Luciana a paso lento, lentísimo.

—¡Ah, Luciana!—le dijo.—Temo no encontrarte. Por suerte hoy venías caminando más despacio.

Ella explicó:
—¿Por qué necesitas verte...?

—Gracias.

—¿Para decirte que no debes volver a buscar por aquí.

—¿Por qué, Luciana? ¿Qué mal hay en ella?

—¿Qué mal hay en ella? Esa breve frase ha causado la dedicha de infidelidad de mujeres...

De acuerdo, Luciana. Pero ten en cuenta que no somos dos desconocidos... Hemos sido presentados de acuerdo con todas las reglas sociales en un te refredado por amigos comunes...

—No lo imites... Por lo demás, no tengo más familia que mi pobre madre. Y mi madre tiene confianza en mí y me permite obrar con entera libertad.

—¿Y entonces?—se extrañó Andrés.—También mis padres me dejaron en completa libertad de acción. Son de ideas muy amplias... Si no fueras por mi abuelo... Porque mi abuelo... ¡vamos!... Él es el que es un hombre a la antigua. Es, en realidad, quien gobierna la casa. Todos tiemblan delante de él.

—¿Y tú también tiembas?

—Sí, lo confieso. El respeto a mi abuelo es una tradición de familia.

Luciana abrió tamaño ojos:

—Si es así, hijo, mejor será que nos separemos y no nos volvamos a ver. Me agrada la idea de ser tu prometida, pero... ¿qué quieres?

—Tengo mi orgullo. Me encantaría ser tu mujer. Comprendo, sin embargo, que eso no puede suceder. Tiemblas ante tu abuelo. Es decir: te casarás con la mujer que tu abuelo te elija. Así sucedía en el siglo XVIII, precisamente por los tiempos en que los hombres temblaban como niños ante sus abuelos... Y no habíamos más. Ya sabes: eres demasiado poco moderno... por no decir otra cosa... para que te consideres con derecho a detenerme cuantas veces me encuentres...

EL PERFUME

Por Henri Duvernois

El crepúsculo bañaba las Tullerías en una niebla rosada. La crepúsculo de Luciana y Andrés, no quería contagiarse del calor de la atmósfera, y se tornaba sombría.

Andrés contestó a Luciana con una larga y vehemente tirada llena de protestas de amor. En términos más o menos corteses, Luciana le acusó de cobardía. Pero el ardor era tan hermoso que ambos jóvenes caminaban insensiblemente a pasos más lentos, con una armonía que hacía innecesarias las palabras. Seguían disputando tan sólo para oír mutuamente el sonido de sus voces. Nunca habían estado tan unidos como cuando todo parecía separarlos.

—Dame ocho días para pensarlo, Luciana... Y quizá al cabo de ellos me atreva a hablar con mi abuelo sobre nuestras relaciones.

—¿Tú nos otorgas todos los días que desee, caballero...

—¿Caballero! ¿Por qué la aristocrática palabra ha de ser, en ciertos circunstantias, poco menos que un insulto?

Andrés sólo atinó a murmurar:

—Entonces... será... ¿hasta dentro de ocho días?

—Tal vez...

—No. Dime que sí, Luciana...

—¿Mira que sí...!

—¿Mira que sí...! Frase promisorio de escándalos... Y como Luciana era una muchacha enemiga de cuanto significase escándalo, se asustó de la exaltación de su compañero, inclinó la cabeza en señal de asentimiento y se perdió rápida en el tumulto de la calle de Rivoli, sonriendo con el íntimo convencimiento de que por fin había conseguido que el buen Andrés se atreviese a desafiar la colera del abuelo.

—¡Vaya una hora para importunar a la gente!—gruñó el abuelo.— Espera que termine de cenar.

Andrés, silencioso, tomó asiento junto a la ventana y aguardó, dominando su impaciencia, que el temblor y severo abuelo terminase de cenar.

Cuando el crido sirvió al anciano su taza de té, la misma voz severa de poco antes dijo:

—Habla. ¿Qué pasa?

Y Andrés habló. El abuelo le escuchó impasible, revolviendo con parsimonia el té.

El señor Arnoldo Hornut había aprendido, después de cincuenta años de actividades diplomáticas, a cal-

mar los ánimos de sus interlocutores con sólo mirarlos en los ojos. Andrés, acobardado por la ceñida expresión del abuelo y por la rudeza de su acento, explicó como pudo el motivo de su visita. Quería casarse con una muchacha llamada Luciana Gaières, joven de grandes cualidades morales, etc., etc., etc.

Terminado el relato de Andrés, el señor Arnoldo Hornut se encogió de hombros y dijo:

—Dile a esa joven que se presente aquí el lunes próximo a las cinco de la tarde.

—Pero Andrés no se atrevió a agregar una sola palabra más. El anciano había vuelto la cabeza y lo miraba con aire de extrañeza: ¿Cómo? ¿Se permitía replicar a su abuelo?

—¿A qué?—

El pedido del abuelo era absurdo, incomprensible. Luciana no quería someterse a semejante capricho tan fuera de moda. Andrés tuvo que desplegar toda su elocuencia para convencerla.

—Pero... ¿qué quieres que le diga a tu abuelo? Yo no te he pedido nada, Andrés... ¿Quieres casarte conmigo? Perfectamente. Pero, ¿qué culpa tengo yo de ello...?

No puedo admitir una humillación de esa naturaleza...

—No, Luciana. Tó no deberás decir nada a mi abuelo. Te limitaras a contestar a lo que él te pregunta.

—Pero... ¿es que se me pretende interrogar como a un delincuente...?

Como estaba preocupada, a similitud de estarlo, Luciana no advirtió que Andrés la había tomado por el brazo. Luego se dio cuenta una vez más de que una especie de armonía instintiva la unía a aquel muchacho bueno y cándido que temblaba ante su abuelo. Sintióse invadida por una tierna indulgencia, y accedió al pedido de Andrés. Iría a esa absurda entrevista. Luciana era una mujer inteligente y, lo que es más raro, reflexiva. La dificultad de la tentativa despertaba sus deseos de realizarla y de salir airoso de la prueba.

Pensó toda la noche en ello. Por la mañana tuvo una súbita idea: una de esas ideas luminosas y fugitivas que únicamente ciertos seres pueden apresar y que pasan en vano por el cerebro de los otros.

Fué a una celebre perfumera. Pidió hablar con el dueño y le dijo:

—Debo asistir a un baile de época, señor. Los trajes de todos los individuos estarán inspirados en las modas de hace cincuenta años. Yo ya tengo mi vestido y mi pañuelito de encaje... Como quisiera no descuidar detalle alguno, me he empeñado en encontrar un perfume de los que se usaban en aquella época. ¿No tiene usted, por casualidad, algún frasco?

—Sí, señorita. Tengo algunos frascos guardados desde hace tiempo. Sabrá usted que esta casa ha sido fundada en 1837... Nadie pide ya esos perfumes, naturalmente. Pero me es grato saber que todavía hay en París mujeres que saben estimar las cosas que los demás desprecian por considerarlas pasadas de moda...

A la hora fijada, Luciana se presentó, conducida por Andrés, ante el terrible abuelo. No vestía, por supuesto, otro traje que el de todos los días.

—Andrés—ordenó el abuelo luego de saludar a Luciana con un le-

(Pasa a la página 7)





El león en libertad no parecía gozar de buen carácter.



Vi brincar ante mí una enorme masa rugiente.

SHUMBWA... Shumbwaa...
Salte de mi asiento saliendo corriendo al patio. ¿Leones? ¿Eso era acaso lo que acaban de gritar mis acompañantes indígenas? Todavía estaba a cierta distancia el que había dado la voz de alarma, pudiendo verse su bronceada silueta corriendo a grandes zancadas, mientras blandía en la diestra su lanza, gritando pausadamente:—Shumbwa... Shumbwa...

Mis dos lugartenientes, Mangineera y Longone, encargados del cuidado de los ríes, llegaron también, pudiendo verse en sus labios una sonrisa de satisfacción.

—¡Volvió al fin!— dijo Mangineera al llegar a mi lado.

—Shumbwa, Shumbwa.— La voz del menajero, alterada por la emoción y la prolongada carrera, sonaba áspera, y a más de cien metros de distancia comenzó a contar su descubrimiento con frases entrecortadas.

—Un león, Inkos.— Una león enorme. Lo tenemos vigilado. Gnahum lo está observando. También hoy otro león... Dos leones, Inkos, Shumbwa...

—Por su torso de bronce corrían ríos de sudor, y al llegar frente a mi su pecho palpitaba como fuelle.

—¿Que pasa, Gongwolo?

—Un león, Inkos,— repuso entrecortado.— Volvieron anoche, y uno cayó en la trampa, pero el otro está a su lado cuidándolo. Cuando nos acercamos se abalanzó sobre nosotros. — Es una fiera...

—¿Cual es el furioso, y cual quedó copado en la trampa?— pude preguntarle al fin. — ¿Y cómo está agarrado este?

—El otro nos persiguió. No quiere abandonar a su compañero en la trampa...

—Pronto,— le interrumpí, dando órdenes a mis ayudantes. — ¡Preparen cuerdas, agua y recluten quince hombres. Vámonos pronto.

Mangineera amontonó cuerdas de divinos grupos en el automóvil, mientras llegaron en grupos parlanchines los indígenas, excitados ante la perspectiva de capturar un león vivo, hazaña inusitada para ellos. Los encargados de los ríes subieron a mi lado en la parte delantera, mientras los demás se colocaban como podían, agarrados de cualquier parte. Necesitábamos un león para una vista cinematográfica, y no debíamos omitir esfuerzo para capturar en buen estado el animal cuya presencia nos anunciaba nuestro mensajero.

Algunos días antes, nuestras avanzadas habían descubierto a tres leones que tenían la costumbre de cazar en un estrecho desfiladero a cinco kilómetros del campamento. El desfiladero terminaba abruptamente en el río Kafue, bordado por una incomparable exhibición de vegetación tropical. Durante las noches se reunían allí a beber todos los animales de las cercanías. El sitio ofrecía pues todas las ventajas posibles a los leones que escogían su cena sin molestarse, teniendo además agua a proximidad y refugio seguro donde ocultarse durante el día.

Estudiando el lugar, se reunieron las ocho tropas divididas hasta entonces en diversos parajes, transformándolas en una sola. Esta defensa de las trampas corrientes, no quebraba el miembro del animal capturado, ni siquiera lastimaban su piel. Esta misma condición las hacía peligrosas, pues nadie puede saber, al acercarse a un león cautivo, si en un arrebato de ira, podrá sacar la pata de la trampa a tiempo para despedazar al curioso.

Todo esto vino a mi memoria a medida que nuestro avance avanzaba por la planicie desigual. Los indígenas suspendieron sus comentarios calculando que nos acercábamos al sitio indicado, y su silencio denotaba la seriedad de la empresa que tratábamos de acometer.

Delante de nosotros, la llanura se extendía con desasosegante monotonía, pero siguiendo de una hondata, pudimos ver a nuestro observador pestuciendo en silencio desde lejos, indicándonos que nos acercáramos.

Habían por lo menos dos leones. Uno había caído en la trampa, y otro recorría los contornos cuidando de que no se acercara nadie a su compañero. La fiera había tratado de cargar dos veces sobre el observador desde la partida del menajero, pero del cautivo sólo se oía el ruido de cadenas, a cada movimiento por liberarse de los pesados semicírculos de acero.

Tras algunas preguntas se concretó la situación como sigue: Uno de los leones estaba preso en una de las trampas, pero no se sabía en cual. Este detalle era trivial, pues habían sido colocadas las ocho bastante cerca una de la otra, alrededor de los despojos de unos ciervos. Las ramas colgantes en derredor, a través de las cuales tenían que pasar los leones para llegar hasta el cebo puesto al pie de los árboles, eran en realidad un sitio a propósito para una celada, pero no para poner a buen recato un león, después de capturado. Además del prisionero, rondaban

bajo los árboles asustadamente protegido y según los indígenas, este u otros animales no gozaban de buen carácter. Acompañado por mi mensajero acercamos al sitio donde hallamos el cautivo. Pude distinguir entre los árboles el cuerpo de un león, pero con ansiedad por observar mejor unas ramas secas con el viento instante, vi venir sobre mí una rama. Un enorme ruido se produjo por ruido de cadenas. El león dio de una zarpada al árbol, pero me había ocultado. Antes de tener tiempo a retrotraer la cabeza, el león tenía cogida una de las antenas en la trampa. Dividí mi gente en dos grupos, uno para el cazador, llamado Janu, y otro para la retaguardia. Entre los

LEÓN

ivid Hubbard



paradas listas a
ormes de los in-
ales, no parecían

segundos, nos
hallaba el cau-
ón, pero en mi
mejor, quebré
planta. En un
una masa fu-
lo, acompañalo
El león despe-
arbuto tras el
Antes de darle
la, había retro-
sobservado. El
las patas de-

partes, envian-
el mejor ca-
al león por
yo llegaría de

frente. Podíamos hacer caso omiso del otro león en libertad, pues con la algarabía no se atrevería sin duda a atacar. Llegados cerca del cautivo teníamos que agarrarlo por el rabo, pues si se lograba echarle mano, su posterior captura resultaba asunto fácil.

Notando la proximidad de Jam, llamé la atención del león, quien se abalanzó sobre mí lanzando un salvaje rugido, pero la cadena lo contuvo. Traté de engañarlo, gritándole al mismo tiempo a Jam que agarrara el rabo que azotaba furiosamente el aire, pero al primer intento fracasó; el animal, al sentir el contacto de las manos en su apéndice inferior, se revolvió furiosamente revolotándose en el suelo y haciendo soltar presa a su agresor. Volvimos a la carga, ofreciéndole una rama que mordía furiosamente mientras tirábamos con fuerza, para darle una nueva oportunidad a Jam de sujetar el rabo.

Estos no soltó presa, uniéndose sus fuerzas varias de los indígenas, y por más que comenzó a dar vueltas la fiera, se sentía vencida.

Logramos colocar una gruesa rama sobre su nuca, mientras otros enlazaban las temibles garras, en un abrir y cerrar de ojos, el león se halló dominado y atado como un manso cordero. Soltando al fin la trampa que había sujetado la zarpa, colocamos a nuestro cautivo en el camión automóvil, empujándolo el regreso, durante el cual los indígenas cantaron a más no poder sus propias alabanzas.

Todo el campamento salió a nuestro encuentro para felicitarnos, mientras se aprontaban las jaulas, en una de las cuales introdujimos el animal. A través de los barrotes, soltamos las cuerdas, para observar que hacía nuestro huésped.

Sentado en un rincón, su mirada parecía denotar más pesar que ira. Le trajimos agua, y aunque primero trató de morder el recipiente, luego bebió sin extrañeza. Esto calmó mis alarmas, pues la mayor parte de las fieras rehúsan beber y comer después de su captura, muriendo de abstinencia al no ser puestas en libertad.

—Inkos, me dijo uno de los ancianos del campamento. —Esta es una leona.

—Tal vez esta noche podamos capturar al macho,—repuse conociendo por experiencia el entrañable afecto que se tienen las grandes fieras. En otras ocasiones, habíamos presenciado la entrada hasta el centro del campamento, de leones venidos en busca de sus compañeros.

Volví al defiladero, ordenando colocar las trampas. No se había vuelto a tener noticia del otro león, y al retirarme a mi tienda de campaña esa noche, mi última visita fue a la prisionera que yacía inmóvil y sin pestañear. Ansíe notarle un movimiento delator de una rebeldía, más fue en balde. Su silencio me preocupó seriamente, pues sabía cuán frecuentemente mueren las fieras de tristeza sin causas aparentes.

A la mañana siguiente volví a verla.

estaba viva aún, pero también sumida en idéntico sopor. Llámame a uno de los indígenas, recomendándole avisarme cualquier cambio en su actitud, y poco después llegó Gwngwelo corriendo, pudiendo comprenderse a larga distancia, por la expresión de su faz, que había caído el macho en nuestras celadas.

—¡Volví! me concreté a preguntarle. —Sí, Inkos. Llegó y está cogido de las dos patas de adelante.

—Bueno, llama a los muchachos, no iremos inmediatamente.

No sentí placer ni extrañeza alguna, pues esperaba el suceso en cualquier momento; los ojos de la leona me perseguían curiosamente. El macho casi no opuso resistencia, dándome la impresión de que no le importaba lo que le hacíamos.

Los indígenas no compartieron tal sensación, pues redoblaron sus cánticos de alabanza a nuestra habilidad. Llegados al campamento, coloque el macho cerca de la jaula donde yacía la leona inerte, dejándose deslizar en su nueva morada al segundo cautivo.

Observé lo que iba a acontecer a través de los barrotes, al penetrar el león a la jaula. El preso giró en alrededor, y al distinguirse a la leona, entró a su jaula haciendo caso omiso de las miradas curiosas de los indígenas reunidos en derredor. La olfateó, colocándole luego una zarpa sobre el lomo como para acariciarla. Al contacto, la leona abrió los ojos, y al echarse él a su lado, parcieron listos a besarse.

Hice señas a mis acompañantes de retirarse mi rudo. Mi última mirada divisó a las fieras lamiose mutuamente como grandes gatos. Esa noche, se estrechó el campamento bajo los ruidos incessantes de los leones y a la mañana siguiente habían desaparecido dos grandes pedazos de carne que habíamos colocado en la jaula. Sólo encontramos unos huesos roídos, y un par de leones muy hambrientos y dispuestos a despedazar a quien se pusiera a su alcance.

Parecía más ofendida que furiosa.



COMO NOS VESTIMOS

por LIANE DE RETZ



ES este el momento de inquietud de las pudientes y de las pobres. Es también la época coqueta en la que se renuevan los guardarrropas.

Los velours, sobre todos los aspectos, preciosos o simples, serán los favorecidos.

No lo llevaremos siempre solo, porque lo aliaremos con los tisús, tweed, drap, jersey, pero su presencia será la nota de suma elegancia.

Las reuniones familiares nos proporcionarán la oportunidad de comprobar la tela más a propósito para nuestro vestir, y tendremos eso ganado frente a las reuniones mundanas.

Para viaje seguiremos usando los "ensembles", prácticos sobre jersey y en tricot de lana, y que serán firmemente bordados o incrustados de motivos recortados de velours, de crépe satin, de tafetán de lana. Algunos aplicados con punto de festón espaciado, ejecutado con un cordón de una hebra de lana.

La falda corta, que apenas baja de la rodilla, es propia para la línea recta de plisado, pero debe ser más larga cuando el movimiento de godet determina un juego más amplio.

Algunas faldas, hechas en tela de invierno, serán terminadas de un hiso de color armonioso, superpuesto en tres tonos degradé. Los pequeños sacos cortos son simples. Completan las faldas-chalecos de jersey de lana o de tricot fino de rayas multicolores que formen el ensemble.

Sobre estas piezas, llenas de chic, vive el alma encantadora del vestido de sport, que cine una viajera joven y espiritual.

Los vestidos de "tout aller", que es el preferido para los viajes, tendrán este año el éxito de las cosas elegidas para la coquetería y no renunciaremos a su gracia de línea recta, apenas variada por una amplitud ligera sobre un costado.

Los chalecos de seda plisados o de piquet. Muchos se montan sobre un corpiño formado de una pieza.

sostiene hombros y cintura. Se ha hablado de subir el talle, haciendo descansar las faldas sobre los chalecos en el sitio indicado por la cintura, pero todavía no se ha llegado a la amplia aceptación. Apenas si algunos artistas de cine lo usan, siendo en este momento algo original.

Para estos trajes de "tout aller" los reps, la linda gabardina, los castimires, los kasha con filetes ligeros de metal, serán los elementos familiares que se dispongan para esta elegancia sin pretensión. Los tonos marino, los marrón, que serán el capricho de la moda, los verde "fontes" darán el encanto principal a las toilettes otoñales.

En este orden de ideas, si se quiere hacer vestidos más clásicos, se puede detener a pensar en un paño con el que sea posible realizar un vestido negro de un chic perfecto y discreto, cualidad que respetaremos siempre. A toda mujer elegante le será indispensable la confección de un traje negro que pueda usar oportunamente.

Cuando yo hablo de un vestido negro no creáis, mis queridas lectoras, que hablo de algo de extrema severidad, austero y grave. No, está aclarado, refrescado, hecho juvenil con el detalle de botonadura de tablas, de pespunte o de incrustaciones. Son como las mujeres graves que sonríen: se iluminan con un gesto.

Tales son las principales novedades concernientes a la moda.

Arriba pueden verse dos modelos de Schiaparelli. El de la izquierda es de lino color natural con cintura y faltriquera, mientras el otro es de tussor verde pálido adornado de naranjado. A la derecha se ve un modelo de Jane Regny, de lino natural con adornos blanco y amarillo.



Por Raul González Tuñón

En Roma los esclavos condenados (vencidos) los que alguna vez habían intentado fugarse llevaban al cuello un collar de bronce, en el cual grababan, como en el de los perros, el nombre y habitación de su amo.

Los sajones ponían también iguales collares a sus siervos en Inglaterra, en el siglo XI de nuestra era.

En el gabinete de medallas de la Biblioteca Real de París, se conservan tres de dichas piezas.

Un papir griego, publicado por Mr. Letrime en el "Diario de los Sabios", en 1831, menciona esta especie de collar. Léese en él un anuncio que ofrece una "buena recompensa" al que presente a Roma al emperador Augusto. Benedicto XIV dividió aquella ciudad en catorce regiones o barrios en que dividió a Roma el emperador Augusto. Benedicto XIV dividió aquella ciudad en catorce regiones. Se ve, pues, que la palabra "región" de la antigüedad ha sido conservada casi sin alteración en la Roma moderna.

Esta clase de medallas, bajo el nombre de "moderatum" "predicatio", los regalaba al Heraldo público al son de trompetas y se fijaban en una columna destinada a este uso en el Agora (plaza pública).

"Tene me quis fugas et revoca me in via lata ad Flavium D. M." (Domnum meum). — "Deteneme, porque huyo, y vuélveme a la calle Ancha, en casa de Flavio, mi dueño."

La "Via Lata", literalmente, "calle Ancha", nombre de una de las calles de la antigua Roma, que tiene aún en el día, deba su nombre a la signatura de la calle, sobre las que se hallan en que dividió a Roma el emperador Augusto. Benedicto XIV dividió aquella ciudad en catorce regiones. Se ve, pues, que la palabra "región" de la antigüedad ha sido conservada casi sin alteración en la Roma moderna.

La calle de mi tedio tiene un trozo de Luna que robé hace ya tiempo en un patio infantil. He espejado en mis ojos tristes y alucinados su luz. En estos ojos húmedos de sufrir.

La calle de mi tedio tiene un trozo de Luna que robé hace ya tiempo en un patio infantil. ¿O qué haré yo si me sobran el pedazo de Luna? ¿Qué haré yo si lo pierdo por el camino largo? Dejaré de ser bueno, dejaré de ser puro, dejaré de ser triste para ser inhumano.

No me quedará mi amada si lo pierdo. Mis labios serán verlos; mis ojos apagados serán; serán inexpresivos; serán frios, muy frios. Muéranlos de nostalgia, muertos de recordarla. ¿Qué haré yo sin el trozo de Luna, madre mía? Tu fantasma sagrado no me acompañará. Amada, si la encuentras, recógela en tus manos y guárdala en tu seno para siempre jamás.

EL PERFUME

(Viene de la página 3)

ve movimiento de cabeza, —puedes retirarte a mi escritorio.

Andrés quejoso.

— En cuanto a usted, señorita — comenzó el anciano una vez que el niño se hubo retirado, — escuche: Andrés es un idiota. ¿Entiende usted? un idiota. Solo así se explica... Luciana, tranquilízame, se acercó disimuladamente al anciano y extrajo su pañuelito de encaje perfumado con la esencia de 1870.

El señor Arnoldo Hornut había preparado este breve discurso: "Si no dejara usted tranquilo al bobalicon de mi nieto, si se empeña en conducirlo a un matrimonio que me parece sencillamente grotesco, tendrá usted que vérselas conmigo..."

Pero por primera vez en su vida, el severo y resuelto Arnoldo Hornut vaciló... Vaciló porque un perfume inesperado, un perfume gentilísimo le aclaraba los latidos del corazón... Era un perfume de autuño, un perfume triste, delicado, que parecía venir desde lo más hondo del pasado... "¿Dónde he aspirado antes este perfume?", pensó el abuelo... Y recordó: lo había aspirado en los labios mísmos de su amada, cincuenta años antes, cuando sorprendía por ella...

El silencio se prolongaba. Habiendo identificado el perfume, Arnoldo Hornut hizo un esfuerzo y quiso articular las palabras meditadas... Pero se sentía suavemente embriagado por aquella esencia... El alma de los lejanos recuerdos flotaba en torno suyo... Y Luciana, aquella dulce muchachita de ojos claros, le evocó, en el encanto de su pulcritud, en la alta mirada de sus pupilas, la amada de otrora...

— Escuche usted bien lo que voy a decirle — balbuceó el anciano. — Escuche bien, muy bien: ¡Hagan ustedes lo que mejor les plazca!... Y yo... yo me lavo las manos!

Luciana tembló de alborozo. Pero el anciano no se dignó mirarla: fue hasta la puerta y llamó:

— ¿Andrés! ¿No oyes que te llamo? Entra, estúpido... Ya sé cuanto necesitabas saber... Está bien... Puedes casarte... Y una vez solo, Arnoldo Hornut cerró las ventanas, corrió las cortinas, se sentó en su butaca y se puso a respirar dulce, muy dulcemente, para que durase más tiempo, aquel perfume que había decretado su destino.

mejor modo

EL mejor modo

de tomar el aceite de hígado de bacalao para que haga verdadero provecho es en forma de emulsión. Es rico aceite, listo para digerirse sin laboriosos esfuerzos. Incomparable para fortificar y robustecer



EMULSIÓN de SCOTT



DOLOR AL PECHO

Generalmente indica una congestión de las vías respiratorias. El Linimento de Sloan, aplicado sin frotar, aviva la circulación, descongestiona los tejidos y evita que el mal se haga serio. Este antiguo remedio casero no es grasoso ni mancha.

LINIMENTO DE SLOAN

Cosas del Mundo

"No hay caligrafía más defectuosa que la de los médicos."

Sin embargo, las cuentas que envían a sus pacientes se hallan escritas con toda claridad.

"Un giro postal despachado en Manchester en 1924 acaba de llegar a su destino en Londres."

Y el destinatario, que ese mismo año quiso avisar por teléfono a su cliente de Manchester que no había recibido el giro, aún está esperando que le den comunicación.

"Un hombre que estuvo sometido durante dos años a un tratamiento contra las enfermedades nerviosas, robó mil pesos a su médico."

Testimonio elocuente de la eficacia del método curativo.

"El exceso en toda es la virtud de las mujeres", afirman los Goncourts. Eso es, hasta el afán de no excederse.

"Me gustaría dirigir una revista aunque fuese por un día", dice un banquero.

A nosotros nos gustaría dirigir un banco, aunque fuera por cinco minutos.

"¿Qué puedo hacer con las plenas usadas de mi fonógrafo?", pregunta un lector de un diario de la mañana. Cambiarlas por navajitas usadas.

"Un pescador del Mar del Norte perdió su billetera. Tres meses después un compañero suyo pescó un cangrejo que la tenía fuertemente apretada entre sus patitas. Esto demuestra que los cangrejos son honrados."

"Lo que más necesidades y torpezas escucha en el mundo es un cuadro de museo", opinó un escritor. Estaba equivocado; lo que más necesidades y torpezas escucha en el mundo es una mujer hermosa.

Proverbio árabe: "A tu enemigo mírale de frente; a tu amigo de reojo." Y, ¿cómo es que ningún hombre se atreve a mirar de frente a su mujer?

"Cómo preservar el dulce", reza un encabezamiento. Un buen plan es encerrarlo bajo llave a la hora en que los chicos regresan de la escuela.

"En cierta ciudad europea se ha comenzado a reparar una estatua dañada por un temporal." Pero, ¿por qué emendar la plana a la naturaleza?

"A Trotsky no lo quieren admitir en ningún país del mundo, y el gobierno de Turquía, a su vez, desea expulsarlo de Constantinopla, pues constituye para él un motivo de continua inquietud." Trotsky será, pues, el primer hombre del mundo que viva en aeroplano.

"El ex campeón mundial de ajedrez, doctor Emanuel Lasker, jugó treinta partidas simultáneas, de las que sólo perdió dos. Por una rara coincidencia, sus vencedores fueron dos mujeres." Esta derrota no dejará de ser halagadora para su amor propio, si se considera que ya pasa de los sesenta y cinco.

"El embajador del Japón en el Brasil ha declarado que en la parte sur del país viven 80.000 japoneses." Eso no es nada. Tenemos informaciones confidenciales de que en el Japón viven más de cincuenta millones.

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMAS



CONSUELO

—Tenga cuidado, Agapita. Se va usted a caer con tanta loza.
—No se preocupe usted, señora. Me he caído muchas veces con más loza aún, y nunca me he lastimado.

(De A B C, Madrid).



SISTEMA QUE NO FALLA

El paciente. — ¿Que estoy envenenado, doctor? ¿Pero qué veneno he ingerido?...
El médico. — No se preocupe. Ya lo sabremos con la autopsia.



— ¿Tiene usted un libro que se titula "El encarecimiento de la vida"?
— Sí, señora; pero en este momento acabo de subirlo de precio.



A LA PUERTA DEL PARAISO

— ¿Quiere usted entrar? ¿Y sus recomendaciones?
— He sufrido mucho... me casé una vez...
— Basta. Entrará. ¿Y usted?
— Yo he sufrido aún más... Fui casado dos veces.
— ¿Dos veces? Vea, amigo: aquí no entran los reincidentes.



— Atuelito, ¿tú eres el hermano de mamá?
— No, soy su papá.
— Entonces, ¿por qué no la mandas de vez en cuando a la cama sin cenar?



ESFUERZO

ha dicho que haga ejercicio, afeitarme solo.



FATALIDAD

— ¡Dios mío! ¿Se ha muerto? ¡Pero si sólo tenía un riñón flotante!
— Sí, señora. Tenía un riñón flotante, pero ¡se le ha ahogado!